

LAS CONFIGURACIONES DE LA POLITICA

David Ibarra
30 de enero de 2004

En México se publican numerosas revistas. Pocas alcanzan calidad encomiable por su diseño y contenido. Este último caso es el de Configuraciones (a cargo de Rolando Cordera y de Eugenia Huerta) cuyo último número aborda de manera excepcional los problemas centrales de la transición política mexicana. En la presentación ya se recoge sin tapujos la preocupación por el desencanto con una democracia que no rebasa todavía la etapa del formalismo institucional y jurídico para convertirse en instrumento operante, en nexo integrador, de la política con los otros procesos de cambio de la vida social.

El ensayo macizo de Luis Salazar intenta desentrañar la paradoja de que la ola democratizadora que afortunadamente invade a México y América Latina conviva con una especie de crisis de la política vista en sus contenidos, autores e instituciones. Los derechos humanos de la Declaración Universal de las Naciones Unidas, sean civiles, políticos y sociales, esenciales a la vida democrática, se satisfacen de modo fragmentario, sin la garantía plena del Estado en imprimirles vigencia real.

Las profundas desigualdades que escinden a la sociedad de nueva cuenta impiden rebasar el conflicto entre el México comunitario, conservador, intolerante, familista, y el México individualista, liberal, laico, modernizador. El nacionalismo y presidencialismo en retirada, rompen nexos aglutinadores que no han sabido reemplazarse frente a una transición que al liberar al hombre económico, crea demandas encontradas de los grupos afectados. Las grandes empresas ven al país con lentes distintos a los del pequeño productor, como

también lo hacen las nacionales frente a las extranjeras; la perspectiva de los exportadores difiere por razones obvias de la de los importadores. Hay también disensos entre los trabajadores formales y los informales; las necesidades de las zonas industrializadas del país no coinciden con las de las regiones rezagadas. En el ámbito político, el pluralismo, el juego de partidos y la división real de poderes fuerza a iniciarse en el campo inexplorado de la tolerancia, la conciliación de intereses y la aceptación de estrategias compartidas.

El sistema clientelar y corporativo cede el paso a un electorado más libre, más inclinado a votar en favor de los planteamientos que respondan a sus demandas o a castigar a los partidos que incumplen las promesas electorales. Pero ese desplazamiento nos hace caer en brazos de una alternancia vacía y de un sistema mediático, no exento de problemas. Hoy, los políticos saben que su carrera depende de la buena voluntad de la radio y la televisión que los hace reconocibles ante auditorios enormes, donde las tesis a plantear o defender, frecuentemente resultan apenas relevantes.

Del texto de Salazar cabe desprender la estrechez del contenido programático de los partidos, la pobreza de sus ofertas para plantear y resolver los grandes problemas nacionales. La reforma fiscal o la energética se visualizan por unos como la panacea de los problemas económicos y, por otros, como la vía de acentuar las desigualdades distributivas o completar la extranjerización de la planta productiva nacional. Ambos planteamientos sólo guardan conexión remota con las verdaderas causas de la ausencia de desarrollo, de la difusión de la pobreza, de la carencia de derechos sociales exigibles, en una palabra, del contenido de la reforma pendiente del Estado.

De ahí se desprende el que las dos últimas legislaturas --como señala Ricardo Espinosa-- gozando de pluralidad y autonomía, hayan tenido reducida calidad en el fruto de sus trabajos al desatender muchos de los temas fundamentales del país. El control político y la gobernabilidad autoritaria han quedado rebasados por la historia, por eso, hoy es impostergable abordar la formación de instituciones y acuerdos en torno a esas cuestiones centrales de la vida nacional.

En nuestros tiempos, la incorporación ciudadana a la política se efectúa en alto grado a través de los sistemas masivos de comunicación. Los medios, según Trejo Delarbre, se han convertido en articuladores del espacio público, en intermediarios entre ciudadanos y políticos. Ahí surgen varios dilemas nada simples de resolver. Los mensajes políticos han de ajustarse a los formatos impuestos por los medios con el riesgo de resultar fragmentados o quedar distorsionados por la "línea política" de los propios medios o de sus patrocinadores. La proporción de los gastos de los partidos en televisión, radio y otros canales, crece explosivamente, ya se aproxima al 60% de las erogaciones de las campañas electorales, conforme a cifras de Luis Giménez-Cacho. La movilización de votantes, de ciudadanos y de las instituciones de mediación social, han sido sustituidas por las audiencias multitudinarias de los medios. La participación colectiva en la política ha sido reemplazada por la relación individualizada entre el ciudadano y la pantalla de televisión. Los ciudadanos se convierten en clientes del comercio del sufragio y, las elecciones, en espectáculo.

Ese hecho forma parte del fenómeno más general de la privatización de la esfera de lo público y de la exclusión de formas de participación de orden colectivo. A ello se añade otro hecho no menos importante: la política económica ha quedado segregada de la decisión ciudadana para seguir caminos ajenos, los

marcados por los parámetros de la globalización. No importa la alternancia en el gobierno, ni la orientación del partido ganador de las elecciones, las mismas estrategias económicas siguen imperturbables. Se excluye al ciudadano de las decisiones más importantes a su bienestar, es decir, se hace caso omiso de los derechos sociales que sólo se atienden, si se atienden, residualmente.

También hay desencanto ciudadano, entre muchas otras causas, por el empobrecimiento de los planteamientos de los partidos para ofrecer soluciones susceptibles de confrontarse y encontrar adeptos. Jacqueline Peschard examina el curso del abstencionismo. En las elecciones de diputados federales hay una tendencia ascendente que va desde la época de vivo fervor revolucionario de 1946 con el 13.6% hasta el escandaloso 58.5% de 2003. Los votantes desaparecen, sobre todo los jóvenes. La convivencia de elecciones cada vez más nítidas con desigualdad y pobreza masivas, demeritan a la naciente democracia mexicana.

Detengo aquí la reseña por falta de espacio, no sin señalar el recuento de los avances, realidades y lagunas del sistema electoral y de la democracia que con toda propiedad presentan Ciro Murayama y José Woldenberg.

Vaya por último una observación. Los artículos mencionados señalan principalmente las tareas internas pendientes que harían posible el avance del sistema democrático nacional. Será bienvenido otro número de *Configuraciones* que sitúe el mismo problema en la perspectiva de la relación de interdependencia-dependencia que se ha formado con el exterior. Democracia formal y globalización constituyen un binomio inestable. La ruptura de los vínculos de integración social a reparar por la política es tarea difícil en estados que han renunciado de "motu proprio", en exceso, a buena parte de su soberanía económica. ¿Cómo ganar la confianza de los mercados, sin perder la de los

ciudadanos?, es la interrogante en espera de respuestas, la raíz y razón de la crisis de los partidos políticos mexicanos.